



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

# Capítulo II

## Muerte de la tripulación y cómo caí en manos de los indios



### *Encuentro con los pericúes de la isla San Joseph*

Pasando la punta de san Evaristo en que termina la gran bahía del Puerto de La Paz y estando ya para caerse el sol, dimos fondo en la isla llamada de San Joseph. El *Albatros de Dios* echó sus dos anclas frente a un rincón pequeño que defiende a las canoas del sueste, que está entre dos cerros acantilados o mejor diré dos peñas grandes que tiene sus piedras anegadas, cercano a un estero con bosquecillo de mangles blancos, donde hay cantidad de animales de volatería. Aquí el mallorquín, tiempo antes, tuvo noticia de buenos placeres y nosotros esperanza de que nos fuera mejor. Rancheamos junto a unas peñas en una pequeña playa de arenas color marrón. De aquí salían cada día mis buzos, despachados por el mallorquín según tenía noticia de placeres. Estábamos acampados con los buzos, y trabajando en encontrar un buen placer de ostras, cuando nos comenzaron a frecuentar un grupo de indios isleños de San Joseph de la nación Pericú. Estos indios,

Vuestra Excelencia, contrario a lo que habíamos vistos en las otras parcialidades que suelen poblar la California, son corpulentos, fuertes y bien agestados, con ventajas a los de Nueva España. El cabello es algo rubio, acaso por venir de beringia o tener trato con los ingleses con los que tienen amistad, como se vio en el año de 1587 cuando el hereje y pirata inglés Thomas Cavendish, a bordo de sus naves *Desire* y *Content*, asoló la costa de la Mar del Sur, robando sus tesoros al galeón de Santa Ana, en tierra de los bárbaros indios pericúes, amigos del hereje como diré más adelante. Usan estos indios traer el peinado con largas madejas en la que acostumbraban ceñir ingeniosos plumajes. Tenían los cuerpos pintados de diversos colores matizados y pendían del cuello preciosas conchas de nácar y perlas horadadas, pero menor en lustre y brillo, resultado de tatemar las ostras para comer del animalejo. Uno de los indios que parecía el cacique, portaba barba que causaba respeto, asegurando así, entre los suyos, la obediencia de su bárbara ley. Llegaron ante nosotros, haciendo alto a trechos para tomar arena de la playa con el puño, para después arrojarla por el aire, haciendo con sonora voz largos razonamientos, que no pudimos entender, aunque por su actitud juzgamos que era señal de bienvenida. El mallorquín conociendo algunas de las costumbres de estos indios me intimó silencio, diciendo:

—El aventar arena por los cielos es señal de paz, así que no debemos temer. Esperad que se acerquen y cuando deje de vociferar debéis poner las armas en el suelo en señal de paz.

Hicimos señal de bajar nuestras armas y ellos ofreciendo, en forma por demás ceremoniosa, sus arcos y flechas las depositaron en la arena, pidiendo humilde seguridad y pactos de amistad con los nuestros. No dejaban de admirar el traje

y policía de los nuestros. Hicieron presencia y mostrándose muy amigos nos ofrecieron carne de venado y semillas molidas que ellos tienen como cosa regalada y nosotros en reciprocidad les dimos cuchillos, abalorios y cuentas de vidrio para sus mujeres, que dijeron que no habían venido porque estaba lloviendo. Cualquier dádiva nuestra la estimaban con demostraciones muchas.

El mallorquín con presencia de ánimo les dijo los motivos que teníamos de estar en sus tierras. Con señas les pedimos hacer rescate de perlas pero ellos nos dijeron igual con señas y palabras ininteligibles, que las últimas *bojo*, que quiere decir perla en su lengua, se las habían arrebatado unos españoles que se hacían acompañar de unos indios yaques,<sup>51</sup> como le llaman a los indios naturales de la contracosta a los que tenían como al mismo demonio. Más luego que divisaron a los indios buzos naturales de Sinaloa que estaban abriendo las conchas creyendo que eran yaques comenzaron entre sí a hablar secretamente, hasta que no pudiendo disimular la aversión que les tenían nos hicieron saber con señas el porqué nos hacíamos acompañar de indios yaques, que ellos tenían buenos buzos entre su gente.

—Esta ojeriza y aversión de los californios a los yaques —dijo el mallorquín— ha nacido, don Juan, de las hostilidades que en otros tiempos recibieron de ellos, cuando los primeros buscadores de perlas los traían consigo, no sólo para el buceo de las perlas, sino para hostigarlos para que dijeran dónde estaban los placeres de perlas y abusar de las mujeres y robarles a sus hijos que se llevaban como

---

<sup>51</sup> Datos tomados de: Diario del Viaje del padre Fernando Consag en el descubrimiento del golfo californiano, del 9 de junio al 25 de julio de 1746. En *El noroeste de México: documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1769*, p. 497-535.

esclavos. Sepa usted que la misma ojeriza les demuestran a los perros a los que temen como al mismo demonio. Así no es de extrañar que estos bárbaros, hijos de la venganza, ejecuten contra los yaques los homicidios que sabemos, cuando los encuentran.

Informado por el mallorquín de estos antecedentes les hice saber que no eran indios yaques los que venían como buzos en mi armada, sino indios de Sinaloa que nada sabían y debían y que por tanto no temieran alguna hostilidad. Se les dijo que no tuviesen miedo porque nosotros estorbaríamos cualquier intento de ataque y que si esta situación no bastase que diesen gritos en cualquier acontecimiento. Pero de nada me valieron los argumentos porque para ellos cualquiera que tuviera el color quebrado llamaban yaques, así como a cualquiera que tuviera la cara blanca llamaban español. Mis buzos aunque no eran indios yaques, sí eran de color quebrado y a decir verdad puestos dos indios juntos frente a mí, uno de Sinaloa y otro yaque, no sabría diferenciar cuál es cuál, como si fueran dos gemelos. La cuestión se tornaba delicada por lo que decidí que mis indios se embarcasen en el *Albatros* mientras se dirimían las diferencias entre estos, quedándome en tierra con el mallorquín y el capitán para hacer fuerza con las armas.

Entonces ellos señalaron la balandra, que estaba distante como un tiro de fusil, frotando unos palitos con que hacen lumbre, como diciendo que querían ir a quemarlo. ¡Porque ahí estaban ahora los yaques! A lo que repliqué que no todos los españoles éramos iguales, que aquellos que les hacían hostilidades eran contrabandistas de perlas y que nosotros también sufríamos sus fechorías; que teníamos gobierno y un jefe como ellos, cosa que como bárbaros que son poco entienden. Nos enseñaron, entonces, sus canoas

que escondían entre el bosquecillo de mangles. Estas canoas las habían obtenido del rescate con los españoles traficantes de perlas, a las que se habían aficionado mucho y en las que en algunas ocasiones se nos habían acercado a prudente distancia. Entonces nosotros dijimos que estábamos dispuestos a rescatar perlas por canoas. Con esto se sosegaron y se fueron. Puestos antes en la inteligencia, que mis indios buzos que traía de la otra banda venían por prácticos en el manejo de las canoas, en que no eran prácticos sus paisanos pericúes, de los cuales eran los más serranos, pero con la salvedad de que reconocíamos que eran inteligentes, prácticos y duchos en el buceo de perlas. Pareció que estuvieron de acuerdo.

Los armadores de los tres barquitos fueron noticiados en las costas de Numpoló, por unos marineros del real de Loreto, que estaban pescando, de que los indios pericúes de la isla de San Joseph estaban en guerra contra los españoles y los peligros de acercarse a las costas de la isla sin riesgo de perder en manos de esos salvajes sin policía, la vida y las embarcaciones. Enterados, regresaron a informarnos de los peligros. Velejaron con rumbo al sur con vientos contrarios, situación que les hizo difícil avisarnos como lo referiré más adelante.

## ***Muerte de la tripulación y de cómo me hicieron cautivo***<sup>52</sup>

**S**e iban unos indios y tornaban otros, pero siempre tres de ellos eran los mismos, un anciano y dos jóvenes bien agestados que parecían indios principales o cuando menos con cierta autoridad sobre los otros. Nos pidieron algunas veces que disparásemos las escopetas que teníamos para resguardarnos, cuando lo hacíamos se ponían con sus arcos, lanzas y figas detrás de nosotros dando tremendos aullidos. Después uno de los mozos de tanto ver los escopetazos nos rogó con señas y palabras que le dejáramos hacer a él un disparo, lo hizo con tanto tino, que nos dejó sorprendidos y los indios con gran irrisión celebraron la proeza.

Llegó el mes de agosto que es el más caluroso, empezando las lluvias que por estos lugares son torrenciales y copiosas. Los días se alternaban con días claros y soleados. Eran días de sosiego, las aguas de la mar se volvían turbias y poco propicias para el buceo. Por lo que nos la pasábamos a bordo de la balandra a seguro resguardo de los indios. En el horizonte se veían las nubes aborregadas, blancas como el algodón. Las aguas pluviales se prolongaron por más de cinco días, en donde el enfado empezaba a menguar los espíritus de los indios buzos de Sinaloa que, acostumbrados a la libertad, no soportaban tanto encierro y por venir por salario no obtenían ganancias extras por lo que pidieron licencia para desembarcar e ir a revisar los despojos o desbulla de las conchas por si

---

<sup>52</sup> Descripción basada en los hechos ocurridos según cartas de Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillen. En: *Asustados por los castorinos. Nueva entrada y establecimiento en el Puerto de La Paz, 1720* op. cit.

todavía guardaban alguna perla. En ocasiones se encontraban algunas del mejor oriente y no despreciable valor, de las que se ponían contentos por representar pingües ganancias. En esto estaban trabajando en la desbulla, muy descuidados y sin centinela, cuando bajaron los indios del monte y con sigilo se llevaron las canoas a otro estero no muy lejano de donde estábamos rancheando, al que no podíamos entrar por ser poco seguro. La lluvia arreció con espantosos truenos y rayos, dando las tres de la tarde, tiempo en que por lo regular dejábamos de realizar las faenas del buceo para descansar y preparar los alimentos.

Sintiendo los indios buzos el tiempo de regresar a la balandra buscaron sus dos canoas y, al no encontrarlas, coligieron que el viento que soplaba fuerte las había zafado y llevado lejos. Decidieron ir a buscarla y como el viento soplaba al sur donde estaba el estero prohibido, se fueron siete de ellos con una escopeta, mientras los otros siete agarraron al norte a buscar detrás de un risco que echaba sus faldas a la mar. De pronto, de sur a norte, se escucharon aullidos de perros monteses, que en Nueva España los naturales llaman coyotes. Eran los indios que se estaban comunicando entre sí. Los nuestros se asustaron e intentaron, como lo teníamos previsto en caso de peligro, disparar una carga para pedir socorro, pero la desgracia estaba echada, la pólvora se había humedecido con la lluvia. Así quedaron indefensos en manos de multitud de indios de la nación pericú. Fueron a dar primero sobre los que estaban en el estero y con facilidad acabaron con todos ellos dándoles terrible muerte; atravesados con sus flechas, con sus azagayas, con sus dardos y, por si fuera poco, rematados con pesadas piedras dejadas caer sobre sus cabezas. Luego el otro grupo que iba liderado por uno de los mozos llamado en su lengua bacarí dio contra los que estaban en el risco, como que estaban muy descuidados de lo sucedido



en el bosquecillo de mangles. El mallorquín, el español, el capitán, el criado y yo nos manteníamos en la bodega preparando una exquisita fabada, lo que descuidados no sospechábamos nada para prestarles auxilio. A la verdad aquella playa era tan desapacible, tan falta de agua para beber que los indios y aun los buscadores de perlas, según me dijo el mallorquín, poco la frecuentaban. Los indios en número de veinte se acercaron sigilosamente para abordar el *Albatros de Dios* en las dos canoas de las nuestras y a bordo de balsas hechas de palos de tres puntas. Abordaron por barlovento y sotavento usando unas redecillas que tienen para pescar, como si fueran escaleras, sin hacer bullicio, como suelen, señal de maldad. Dieron contra nosotros matando primero al español que asustado dio un gran grito antes de arremeter contra uno de los indios, luego se fueron contra el capitán que estando desprevenido intentó contraatacar con su daga, pero fue en vano, pues fue alcanzado por una flecha. Sólo quedábamos el mallorquín y yo. El mallorquín intentó tomar las lanzas que tenía preparado cerca del bauprés, para intimidarlos, estos con grandes alaridos de guerra arremetieron contra él con sus azagayas y flechas, sin recibir de él daño alguno, después arrojaron los cuerpos al mar sin miramiento. Luego cayeron sobre mí, que indefenso y poco práctico en las armas, fácilmente me hicieron su prisionero, a fin de que les sirviese de gobernarles el barco en el manejo del timón y velas. Hecha la mortanza me mandaron levar anclas, ayudando ellos con las amarras, y fueron a poner el barco entre unas puntas de peñascos abiertos donde había varios abrigos para canoas y un bosquecillo de mangles. Me usaron como bestia de carga haciéndome bajar los bastimentos, el barrilaje con la aguada y la mercadería, llevándolos a esconder a una cueva que se hallaba entre dos cerros. Luego los isleños empezaron a servirse del barco. Durante dos días me ocuparon en llevar de paseo a sus

mujeres y niños, siempre a la vista de la costa y sin alejarnos mucho del estero. Durante estos días no abandoné el barco. Ellos pusieron centinela día y noche para que no escapase. Pedían que los llevara a la otra contracosta de Nueva España para pasearse y ver tierras, pero quiso Dios que en pocos días, por la poca pericia de los indios en el manejo del velamen, diera en un escollo y comenzara a hacer agua. Con este percance me hacían trabajar sobre mis fuerzas porque hacía mucha agua, y era obligado a estar siempre achicando en la bodega, dándome poco de comer, y lo que uno me daba, otro me lo quitaba. Un día que dejándome solo en el barco, se fueron ellos en sus canoas a pescar, quise ver si podía escapar haciendo una barbaridad, que fue cortar el cable, izar la vela mayor y tirarme, sin bastimento ni aguada, a la mar. Pero me valió poco el intento que así que empecé a velejar, fui visto de los indios que con gran presteza me dieron alcance. El castigo fue el cogermme entre dos, uno de los pies y otro de las manos y alzándome lo que podían, dejarme caer sobre la cubierta algunas veces y otras a la mar, y los que estaban abajo, en sus canoas, me aporreaban con sus palos obligándome subir al barco; cansados me dejaron bien aporreado y sin fuerzas.

Visto que la balandra les daba más trabajo que gusto, la hicieron varar<sup>53</sup> en un banco de arena y en cuanto llegó la bajamar le pegaron fuego. Logrando el fierro y la clavazón del que tienen mucho aprecio. Como ya no tenían en que ocuparme, era el blanco de sus burlas, haciéndome trabajar en componer anzuelos con los clavos y en limpiar, reparar y achicar<sup>54</sup> todas las canoas que guardaban en el estero, incluyendo las nuestras que nos habían hurtado,

---

<sup>53</sup> Encallar la embarcación en la costa o en las peñas, o en un banco de arena.

<sup>54</sup> Extraer el agua de un dique, mina, embarcación, etc.

teniendo cuidado siempre de cubrirlas con ramas para que no fuesen vistas por los navíos de españoles que solían pasar por este canal.

En este momento de tribulación pensaba:

Mi padre estará sentado en su mesa, pese a su enfermedad, con más de diez cubiertos y comensales, alardeando como suele de su hijo de buen marinero y mozo, diciendo lo feliz que estará en la California y lo brillante del futuro que le espera enriqueciéndose día a día, con las perlas del mejor oriente y de su feliz matrimonio con una dama peninsular, que dicho sea de paso no conozco. ¡Sí, Cayetano de Villegas, hijo de don Juan de Dios de Villegas, hijo primogénito, heredero de la fortuna de los Villegas, armador y comerciante! Si supiera los sufrimientos que he padecido y estoy padeciendo ahora, con la angustia y zozobra de saber muerto al mallorquín y a mi tripulación toda, habiendo perdido las mercaderías y lo que es más el *Albatros de Dios* que tanto orgullo dio a mi padre. ¡He acabado con la fortuna de don Juan de Dios de Villegas! Ahora Cayetano de Villegas eres un don nadie marcado por la desgracia y condenado a no levantar cabeza. Eres indigno de llevar el nombre de un Villegas. Me despojaré de este nombre por ignominioso y llevaré por Dios y la Virgen el de mi difunto tío abuelo, Juan Díaz.

A pocos días de este fatal suceso, dos de los barcos que habían ido al estrecho adentro, al volverse a sus puertos de Nueva Galicia, llegaron a ver si topaban con nosotros para noticiarnos de que nos marcháramos inmediatamente de la isla. Al acercarse al estero por donde sabían estábamos rancheando fueron abordados por los indios pericúes para rescatar perlas con ellos.

Los indios pericúes, apostados en lo más alto de una peña, luego que vieron venir hacia su isla dichos barcos me condujeron a lo empinado de una loma para no ser visto de ellos. Dejándome con centinelas bajaron los demás a rescatar perlas por mercaderías, a media legua en donde habían quemado la balandra. Hicieron sus rescates de perlas entregándoles a los ambiciosos armadores todo lo que los difuntos habían cogido en ese día nefasto y lo que ellos tenían de sus buceos y de sus pasadas rapiñas. Los armadores dieron en cambalache cinco canoas y cosas de comer. Y aunque discurrieron lo que había sucedido, así por la abundancia de perlas que habían rescatado, como por algunas alhajas de los difuntos que les vieron a los indios en sus personas; se fueron para sus tierras sin volver a dar parte al presidio de Loreto, como era natural por el gran miedo que tuvieron y por no perder las perlas del rescate que eran muchas. Llevando un gran tesoro en rescates. Todos estos territorios estaban poco reconocidos por los misioneros que no se atrevían a entrar por ser estos pueblos de bárbaros hostiles y belicosos.

## *Muerte de un indio buzo*

**H**abíales quedado una escopeta cargada y para que la disparara, como me lo mandaron, fui conducido en procesión a uno de sus campamentos tierra adentro, en un arroyo, entre dos cerros, muy amplia y arbolada donde tenían a sus mujeres y niños. Llegando vi a uno de los nuestros, uno de los indios buzos de Sinaloa que había escapado de la muerte. Estaba amarrado de un poste que tenía puesto un gran círculo hecho de ramas bien apretadas y unas como banderillas de color colorado y negro. Estaba cerca de una gran fogata que avivaban con leña de cópale que ellos tienen como medicinal y para acercar al demonio a la manera que nosotros el incienso para alejarlo. Es tanto el miedo que le tienen al demonio que sólo de imaginarlo mueren porque dicen que a veces éste los mata en los matorrales a golpes o en los agujes. Para que no les haga mal les hacen idolatrías y en algunos lugares donde abundan, cuando pasan por ellos, le dejan alguna flecha o plumas u otras cosas como ofrenda. Al indio de Sinaloa le habían puesto la ropa del capitán y su espada. Pedía a gritos que lo salvara pero los bárbaros no saben lo que es el castigo sólo la venganza; poniéndose detrás de mí todos en posición de escuadra, bien armados de arcos y flechas, me dijeron que, cuando fuesen a su isla enemigos como el español y el indio yaque que tenían enfrente, había de disparar. A lo que argüí, con señas por no saber su lengua, que él no era español ni yaque, sino un indio de Sinaloa y mucho menos era enemigo de ellos. No escucharon, estaban enardecidos, diciéndome con señas y mostrándome huevecillos de piojos que se arrancaban de la cabeza, como queriéndome decir que eso éramos para ellos. Pidieron que me quitara mis ropas hasta quedar desnudo como ellos, cosa que les dio mucha irrisión. Dejándome

puestas sólo las botas me condujeron frente al indio de Sinaloa, me dieron la escopeta que ya había preparado y me obligaron a dispararle. El indio cayó muerto no al escopetazo que erré por intención, sino a los muchos flechazos de los indios pericúes, levantándose una algarabía alrededor e iniciándose bailes y cantos a su usanza que duraron días.

El indio de Sinaloa, cuyo nombre era Santiago, siempre mostró una entereza inquebrantable durante este tormento, increpando a sus enemigos y motejándolos de cobardes y afeminados por darle una muerte tan propia de una mujer, diciéndoles:

—Llegará el momento en que no la pasarán mejor y pronto mi muerte será vengada de igual manera.

Todo ello lo dijo entonando canciones a la usanza de su tribu para no sentir tanto los dolores de la muerte. Gritaba también —Sálvame capitán, sálvame capitán.

Como si fuera fácil. El cuerpo permaneció ahí recibiendo flechazos, golpes y golpes durante tres días en que se cansaron.

El cuerpo, por el calor de agosto, empezaba a despedir un nauseabundo feto que atrajo a los cuervos que le sacaron los ojos y luego a las auras<sup>55</sup> que se enseñorearon en el indio muerto empezando a picotearlo por las entrañas y luego llegaron los coyotes que entraron al festín hasta roer los huesos. Pero si son tan crueles estos indios es porque no

---

<sup>55</sup> Ave rapaz diurna, parecida al zopilote, de plumaje negro con visos verdes, cabeza desnuda y tarsos y pico de color de carne. Despide olor hediondo, vive en grandes bandadas y se alimenta con preferencia de animales muertos. En ciertos puntos de América, de donde es indígena, se la llama gallinaza o gallinazo.

tienen a la muerte como castigo y por tanto no la temen: si un indio es ofendido por un español, el indio matará a otro español, pues tanto le da uno como otro. De ahí lo peligroso que resulta ofender a un indio y la prontitud con que el mal comportamiento de una sola persona puede originar una guerra con los indios y la ruina de toda una colonia.

Fue tanto mi dolor que la agonía y la fiebre como si fueran mis más fieles aliados no me desamparaban un momento. Una viejecita viendo como sufría me cuidó toda la noche en la que no paró de sahumarme como si fuera jamón y en hacer unos extraños e ininteligibles cantos y alabanzas, que repetía de cuando en cuando. En medio de mi fiebre y dolor sentí cómo me aplicó una especie de unguento en la barriga provocando que los espantos y demonios, que ellos invocan en sus idolatrías, hicieran presa de mí muchas noches con sus días para que, como venciendo a los demonios cayera en un prolongado sueño. Al volver en mí, todo estaba en absoluto silencio, sólo el zumbido del aturdimiento se dejaba escuchar dentro de mí. Toqué mi barriga para buscar el unguento que me aplicó la viejecita pero no había nada. El campamento había sido abandonado y las chozas que construían con varas y leños estaban quemadas. Tres indios embijados<sup>56</sup> de colorado y negro se me acercaron, cuando los indios se pintan la cara de colorado y negro es señal de que han causado un mal o piensan hacerlo. Me llevaron donde estaba el indio de Sinaloa y me pidieron le cargara para arrojarlo lejos del campamento. Pedí me permitieran darle cristiana sepultura a lo que se negaron diciéndome, con un indio intérprete, que después supe aprendió la lengua castellana en Nueva Galicia a donde había sido llevado

---

<sup>56</sup> Ensuciar, manchar, embarrar

por un contrabandista que lo hiciera esclavo y pudo ser rescatado, después de años, por el trueque de perlas que hiciera su padre, un indio principal y de mucha fuerza en su nación:

Que ellos venían de donde salía el sol y nosotros de donde se pone, y que ellos sanaban a los que estaban enfermos y nosotros matábamos a los que estaban sanos; que ellos no tenían codicia de ninguna cosa, antes todo lo que tenían tornaban a darlo; que nosotros no teníamos otro fin que robar todo cuanto hallábamos y nunca dábamos nada a nadie; que ellos eran hijos de un capitán grande al que llaman *Niparajá*<sup>57</sup> y que ellos eran los señores de aquella tierra y que nosotros mentíamos y éramos peor que piojos, de poca monta y valor que habíamos llegado para hacer daño.

Por lo que repliqué diciendo que no todos éramos iguales, defendiendo a nuestro rey, su majestad a lo que y dicho esto agregué que antes estaba determinado a dejarme morir y que esto tenía por mejor que esperar y ser tratado con crueldad como hasta allí y ver el grandísimo placer que mostraban al maltratarme y hacer que pagase lo que los cristianos contra ellos hacían. Dijo que el pueblo de los aripes y cochimies andaban huyendo por los montes, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos a sus hijos, y que las lunas pasadas habían visto a los cristianos, vestidos como cuervos y a unos hombres barbados montados en caballos, estando ellos detrás de unas grandes peñas mirando lo que hacían, llevándose a muchos de sus niños. Que ellos no querían eso para su pueblo que antes preferían morir que ser esclavos de los cristianos.

---

<sup>57</sup> Consultar mitología pericú. En Clavijero, Francisco X., 1990, *Historia de la Antigua o Baja California*, Porrúa, México; Ibarra, R. Gilberto, 1998, *Escritos y escritores de temas Sudcalifornianos*. SEP-Gobierno del Estado de B.C.S.



Y añadieron Vuestra Excelencia, mucho más porque esta gente de indios es muy amiga de novelas, mayormente donde pretende algún interés. Dijeron más, que *Niparajá*<sup>58</sup> su señor había tenido una gran guerra en donde hizo preso a *Bac-Tuparan* su enemigo, encerrándolo junto con sus huéspedes en una cueva de la isla de las Perlas que tienen como sagrada y que dispuso de las ballenas, a la que le tienen gran temor, para que lo vigilara no dejándolo salir a hacer daño. Pero que su gente se dividió entre los seguidores de *Niparajá* y los seguidores de *Bac-Tuparan* y que es por eso que ellos están en constante guerra. Porque *Bac-Tuparan* se alió con los españoles y estos lo liberaron de su cueva y que es por ello que una parte de su pueblo sigue a los cristianos y dicen más que no considero conveniente decir aquí. Vuestra Excelencia, los indios californios son muy dados a los embustes y acuden a ello sólo para divertimento, como lo he visto en dilatados discursos que hacen en sus idolatrías y paganismos.

Bacará, señor, es el nombre del indio que fue esclavo de los españoles y del que pidieron media canoa llena de perlas para su rescate. Estuvo en Nueva Galicia sirviendo a su amo desde los ocho años en que fue vendido por un traficante de perlas. Siendo hijo del principal de los pericúes al que tienen como virrey de estas tierras, desde su regreso lo obedecen en todo. Dicen que sus tierras se extienden hacia el sur hasta un lugar donde la tierra tiene fin, que es el lugar donde *Niparajá* engendró en los montes colorados de Aracagui a su hijo *Cuagiap* con una mujer sin cuerpo que llaman *Anajiconjondí*. Que a *Cuagiap* y sus siete hermanos los *Yenecás*, los *Anicás*, los *Zumus*, los *Arariagues*, los *Purumm*, los *Cuñinis* y los *Unetúes* les señaló el lugar para

---

<sup>58</sup> Descripción basada en: Tamaral, Nicolás. Citado por Gilberto Ibarra Rivera, en *Escritos y escritores de temas sudcalifornianos*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1998.

vivir poniendo dos lagunas de agua, una dulce y la otra agria y muchos peces para comer, así como abundancia de pitahayas y otros frutos de la tierra. Que ese lugar lo señaló *Cuagiap*, el hijo gigante, el de los pasos grandes y veloces, el del arco ligero, el dueño del fuego y de la vida, el que mandaba las enfermedades y la muerte, el señor de la tierra cóncava y encorvada, el señor de la región amarilla, con su gran arco de guerra convertida en piedra y puso dos vigilantes en forma de coyote parado. Dijo más, que ahí las ballenas y las mujeres son tragadas por el mar y que es por ello que la mar se torna brava y sólo el hombre valiente se atreve ir más allá de las olas gigantes donde se encuentran sus hermanos. Que los hermanos de *Cuagiap* son hijos del sol, guerreros pericúes. Que es ahí donde el gran *Niparajá* tiene su casa y volverá algún día. Que es por eso que cuando un indio principal muere sus huesos son embijados de rojo, porque en la casa de los muertos ellos están acostados en unas esterillas cubiertas de rojo; dijo más ridiculeces como estas, que creen como si fueran las sagradas escrituras.

Después de esta perorata llegamos al lugar donde coloqué el cuerpo del indio de Sinaloa en un círculo de piedras. Quedó insepulto, aunque en silencio oré por él y su eterno descanso. Me condujeron a otro campamento que tenían cerca de un gran arroyo con abundante vegetación y agua que se había acumulado por las lluvias, distante una media legua del mar. Allí me pidieron que hiciera un disparo con la escopeta y les dije que no podía por falta de pólvora; fueron luego al monte a traer cantidad de pequeña carcoma<sup>59</sup> de palo podrido, que tiene alguna semejanza con la pólvora, me instaban a que con ella disparara y

---

<sup>59</sup> Polvo que producen diversas especies de insectos coleopteros, después de digerir la madera que han roído.

viendo que no lo hacía, me apalearon y dieron de golpes, hasta que para desengañarlos que no era pólvora, cogí un tizón encendido de la hoguera y lo puse en la carcoma que, como no prendió, se sosegaron y me dejaron tranquilo por un rato, pero no sería por mucho tiempo. Por la tarde cayó tremenda lluvia con fuertes vientos. Era tal que bajó mucha agua de los cerros llevándose todo lo que encontraba a su paso. Los indios subieron a un ancón<sup>60</sup> para protegerse y a mí me dejaron olvidado por lo que viéndome solo corrí tras ellos a buscar refugio, cosa que les causó tremenda irritación.

Fue tan extremada el hambre que allí pase, que muchas veces estuve tres días sin comer cosa alguna. Aunque ellos tenían qué comer era tratado peor que un perro sarnoso al que no le tiraban ni un pellejo o hueso para roer. Cierta día cazaron un venado en tierra firme y habiéndolo desollado y repartida la carne, trajeron la piel fresca y me la aventaron para que comiera o royera de los pellejos que aun traía pegada; era tanta mi hambre que comí como desesperado hasta dejar tremendos hoyos en la piel, luego de un rato, regresaron y con señas decían que la mordiera para ablandarla y no descansé hasta haber terminado con un gran dolor de mandíbula y dientes.

---

<sup>60</sup> Del *lat. ancon*, *ancon* = codo, anquilo, y *este* del *quechua*. En California se usa para designar una parte alta de un arroyo.



### *De cómo escape de los pericúes*

**N**o dudo que ya Vuestra Excelencia desea tener noticia más circunstanciada de lo sucedido. Un día determinaron ir a pescar al Puerto de La Paz que son tierras de sus enemigos, los guaycuras. Para su seguridad y poder hacer su aguada, dispusieron que con ellos fuera armado de escopeta. Del botín que tenían en la cueva me dieron vestido de español y muy bien de almorzar, lo que no acostumbraban. Dispusieron de tres canoas de las nuestras y de otras dos de rescate. Salí acompañado de veinte indios remeros todos armados de arcos, flechas y dardos. Me dijeron que era capitán y hombre bueno, que luego que ellos saltaran a hacer aguada, con mi escopeta sin munición había de andar paseando cerca del monte como si fuera centinela, porque no los flechasen los guaycuras. Así se hizo todo. Luego que me vi en tierra y mis captores divertidos en llenar su aguada, cogí el monte y di a huir. Y cuando me echaron de ver, me gritaban en castellano:

—Capitán, capitán, capitán.

¡Ahora sí, era su capitán! Viendo que no me perseguían no traté más que de meterme más y más en los montes, sin que se atrevieran a ir tras de mí, del gran miedo que le tenían a los guaycuras.

Pero como dicen salió peor el remedio que la medicina porque antes aparecía que del propio remedio nacían más inconvenientes para que más próximo me viese de la muerte.

Fui a dar esa tarde como a un cuarto de legua a una loma alta que dominaba el mar, cubierta de muchos mezquites, y como hombre de los montes que había visto la forma de cómo los indios ludiendo dos palos, que sirve lo mismo que el eslabón y la yesca para sacar lumbre, hice una lumbradita que fue para mí otra manera de extremo gozo. Pase la noche con el temor de que los indios con el humo regresaran y me hicieran cautivo y con el temor de ser presa de los coyotes que por allí abundaban. Toda la noche hicieron un gran escándalo. Estos ladran como los perros no grandes; y si son dos o tres los que ladran hacen tal escándalo que parecen ser docenas y sólo basta que uno inicie para que se haga la ronda y esto siempre de noche. Al siguiente día al alba, divisé encaramado en una palmera el aguaje del Rosario, que es donde solían llegar todos los barcos de buceo para hacer su aguada y en donde escapé de mis captores. Esa mañana llegué a él y no tope gente, tomé abundante agua en un caracol que halle abandonado entre unos palos de mezquite. Al echar de ver que la situación en la que me encontraba me obligaba buscar un escondite para esperar la llegada de gente de razón, formé una cuevecita de piedras sobrepuestas y leños de romerilla, como vi de los indios hacer sus dormitorios. No cabía tendido en ella, por las pocas piedras que

encontré y me era forzoso dormir sentado. Encerrándome de día en ella, salía de noche a la playa a buscar algo que comer por la mucha hambre que tenía. Y como conocía que gran parte de las enfermedades y pasiones de los que se habían muerto en California era de comer carnes y pescados crudos, hice una tatemala como vi a los indios hacerla que es hacer la lumbrada en un hoyo y cuando sólo quedan los carbones poner los pescados cubiertos de ramas, piedras y arena. Así hice poniendo los pescados botetes, que encontraba muertos en la orilla de la playa, y las almejas encima y tuve comida para varios días o lunas que es la forma de contar de estos indios. Aunque asándolos a su modo la mitad de la dádiva era ceniza.

Cuando no podía hacer lumbrada por estar lloviendo cogía a puñados unos pequeños cangrejos subterráneos que se criaban en abundancia en estas playas. Cuando llovía y se humedecía la tierra brotaban todos, y caminaban a bañarse a la mar, aunque algunos no lo conseguían por aplastarlo con mis pies y otros por cogerlos para comer, después de machacarlos entre dos piedras.

Los indios guaycuras llegaban a El Refugio a hacer su aguada y a pescar a media legua de ella, donde había un estero con abundante carrizo, albatros y otros animales de volatería. Ahí encontré mucha abundancia del pez bôte<sup>61</sup> que los indios sacaban de ordinario en sus redes, entre otros pescados y lo dejaban tirado en la playa por saber que sus hígados contenían un veneno de lo más potente y que bastaba media hora para que quien lo comiera muriera entre dolores y convulsiones muy violentas. Y conociendo por los pericús que el veneno estaba escondido en el hígado y que bastaba desollar al pez como a un carnero

<sup>61</sup> Del Barco, Miguel, *op. cit.* p. 132-133.

para despojarlo de su ponzoña, tuve abundante de ellos para saciar mi hambre. Así pase siete días con sus noches en la espera de mi rescate, pero todo fue en vano.

## *De cómo caí en manos de los guaycuras*

**A**unque cuidada de no dejar rastros, tienen estos indios la habilidad de conocer las huellas que cualquiera deja estampada en la tierra; distinguiendo lo que cada uno forma de la de otros, como nosotros distinguimos la letra de uno u otro. De este conocimiento se valen para saber quién anduvo por ahí o quién hurtó o hizo cosa reprehensible. Por eso haciendo el oficio de malhechor procuré borrar mis huellas moviendo mis pies de suerte que la huella quedara en parte borrada, más no pude conseguirlo, dejaba rastros por doquier.

De ahí a algún tiempo, llegó gente a ranchar; llegaron en fila con gran algarabía hombres, mujeres, ancianos y niños. Caminaron hacia unos cantiles donde hicieron sus enramadas mientras otros ayudaban a cargar sus canoas que tenían escondidas entre los arbustos. Salieron los hombres en tres canoas a sus pescas y sus mujeres se echaron al agua con sus hijitos como de tres a cinco años de edad y otros mozos más grandes para recolectar almejas y mejillones que en estas playas abundan. Jugaban y se divertían como si fuera día de fiesta. Unos indios mozos, todos desnudos, como de diez años o más, con sus arcos y pequeñas flechas, se acercaron al aguaje a flechar palomas en pleno vuelo, que abundaban por doquier, otros buscaban lagartijas entre las peñasquerías y mezquiales. Entre juego y diversión, estuvieron tan cerca de mi cuevecilla que encomendándome a Dios rogué por mi vida. Doliéndome del desamparo en que me hallaba y dificultad de algún socorrillo, procuraba consolarme diciéndome que ya vendrían por mí, que ya andarían buscándome, que los armadores que fueron a hacer el rescate con mis captores ya habrían enviado correo y mi padre Juan de Dios de



Villegas, con sus influencias, despacharía un navío para buscarme, ¡no tenía otra esperanza! Era pues necesario esperar que por entonces pudiera venir a El Refugio uno de los pescadores de perlas a hacer su aguada, pues sabía que hacia los últimos de septiembre y comienzo de octubre sentían los buzos que el mar se iba enfriando y se concluía el buceo de perlas, por entonces podían estar algunos, todavía, en la isla de los Pichelingues o en la Isla de las Perlas o Espíritu Santo.

Arriesgarme en una canoa de los guaycuras, que sabía donde las escondían, era difícil. Era tal la desesperación y la angustia que lloraba en mi soledad mi desgracia. Así que determiné hacer la voluntad de Dios poniéndome en sus manos. Por el momento tenía agua, comida y las fuerzas todavía no me traicionaban, pero los indios estaban ahí determinados a no irse y ranchar según sus costumbres uno o dos días más.

Estando en esta contienda de sentimientos, el viento comenzó a refrescar y la mar se volvió impasible. Dejando escuchar la algarabía de los indios que anunciaban la llegada de las tres canoas que habían salido a pescar, ante este anuncio los indios chiquitos corrieron a bajar los peces y la tortuga que habían pescado; otros limpiaron las balsas y las arrastraron hacia el estero para esconderlas; mientras un viejo cantaba unas alabanzas alrededor de la pesca como dando gracias a los dioses por el alimento obtenido. Se dispusieron a preparar los pescados esparciendo leños de mangle blanco, que hace muy buena lumbre y humo, sobre la blanca arena. Hicieron la lumbre con gran paciencia y habilidad ludiendo dos palitos uno sobre el otro. Estando hecho carbón lo esparcieron junto con guijarros como haciendo una cama en la que pusieron los pescados, las almejas, mejillones y la tortuga

que habían destazado con unos cuchillos que tenían de piedra. Los indios chiquitos aprovecharon la lumbrada y arrojaron, enteras, sus lagartijas que habían pillado y las palomas, sin más trabajo que quitarles las plumas. Después las cubrieron de ramas verdes, también de mangle y arena y esperaron a que se cociera, luego hicieron un gran círculo y sentados todos comieron hasta saciarse, algunos se acostaron en la arena y así acostados seguían platicando sin darle descanso a la lengua. La tortuga despedía un especial feto a mariscos que llegaba hasta mi cuevecilla, acicateando más mi hambre.

El sol despedía sus últimos destellos y el horizonte se había cubierto de colorado cuando de pronto los indios se levantaron y de cara al sol, con los brazos en alto dieron tremendos gritos, luego inclinaron la cabeza como saludando y se comenzaron a ir en fila.

Cuando ya se veían los últimos destellos el silencio era absoluto. El viento que venía del noreste comenzó a crecer tanto que no se podía estar sin que la mar diera de tumbos, así comprendí por qué se habían ido los indios a ranchar a otra parte.

Era tanto el acicate del hambre que salí de la cuevecilla a buscar los desperdicios que habían dejado, encontré el caparazón de la tortuga con carne pegada y comí o más bien devore todo cuanto pude y después de saciar mi hambre recogí algunos pescados bótete que habían dejado abandonados y aprovechando el calor de la lumbrada los tatemé para comerlos después molidos entre dos piedras, como ellos suelen hacer. Saciada mi hambre y con mi nuevo botín recobré ánimos, dispuesto a salir de mi cueva a la mañana siguiente, y caminar por la costa hasta llegar a Pichelingue, que según mis cálculos se hallaba a

seis leguas de ahí y con suerte todavía podía encontrar algún pescador de perlas que me pudiera rescatar. Era el décimo día desde que me libré de mis captores, días que contaba haciendo yescas en una de mis botas. Me encerré en la cuevecilla dispuesto a reposar de los sobresaltos del día, pero a los sobresaltos llegaron otros sobresaltos; no había algo tan lejano a mí que el sueño que por más que lo quise llamar nunca llegó, muy por el contrario se añadieron nuevos cuidados, a los sobresaltos otros sobresaltos.

Los coyotes, atraídos por los desperdicios dejados por los indios, llegaron a olisquear y comer todo lo que encontraban y como al parecer no se les da compartir la comida peleaban por la cabeza de la tortuga que los indios habían despreciado.

No pudiendo dormir por el temor que estos dieran con mi refugio, resolví arrimar piedras para hacer de mi cuevecilla una fortaleza, ¡pero todo fue en vano!, su olfato mejor que perro ventor los atrajo y creyendo hallar una presa de lo mejor comenzaron a rascar y olisquear mi cuevecilla; a punto estuvieron de saciar su hambre conmigo de platillo, ¡estaba más cerca de la muerte que de la vida! No más de acordarme de cómo se comieron el cuerpo insepulto, del indio buzo al que los indios pericúes de la Isla de San Joseph lo privaron de su vida y de una cristiana sepultura, pedí a Nuestro Señor misericordia y perdón por mis pecados, derramando muchas lágrimas. Estaba en esto cuando el sol comenzó a despuntar, cosa que los hizo huir como si les lastimara. Pero qué equivocado estaba, no fue por el sol que se vieron en la necesidad de huir, sino por que sus oídos y olfatos están tan entrenados al peligro que sintieron la presencia de los indios, a los que huyen temerosos de ser comidos por ellos. Y ahora los indios que habían

rancheado muy cerca de la playa se dirigieron al fogón que todavía conservaba tizones encendidos, observaron los destrozos de los coyotes y sus huellas en la arena que las habían dejado impresas por doquier. Sabiendo que eran frescas las siguieron, como siguen las huellas de una presa para cazarla, estando muy cerca de dar con mi escondite. Pero los indios a más de saber reconocer las huellas de los animales también conocían que los coyotes no comen del pez bótete, entonces sospecharon de los indios pericués, huchitíes, aripes o coras que eran indios comarcanos de ellos, con los que estaban en constante pleito por sus tierras y mujeres. Hicieron un pequeño conciliábulo entre ellos, muy cerca de mi escondite, señalaban las huellas, ponían sus orejas en la tierra, oliscaban el viento y disertaban de lo ocurrido. Eran estos ocho, pero uno parecía ser el que los guiaba y entendía más que los otros, era quien más movía la lengua, señalaba, agitaba sus manos y gritaba; a una orden de éste tensaron sus arcos y, en completo silencio, seis de ellos se encaminaron a la vereda de regreso por donde llegaron. Dos quedaron de centinelas tomando cada uno posición: uno se encaramo, a la diestra, en una pequeña peña desde la que se podía observar el horizonte por donde se pone el sol que era tierra de los huchitís y hacia el norte, siguiendo la costa de la bahía, era tierra de los aripes y siguiendo hacia el noroeste y al noreste de los indios pericués de la isla San Joseph y Espíritu Santo; el otro vigía se apostó a la siniestra de la ensenada de La Paz, también se encaramó en una loma vigilando al este donde tienen sus tierras los coras y desde ahí se mantuvieron impassibles para ver si se divisaba venir algún bulto, canoa o multitud de indios enemigos y esperando el regreso de los demás indios de su tribu.

No tardaron mucho en regresar y en mayor número, había corrido la voz de que había un intruso en sus tierras.

Después de deliberar con un indio explorador que siguió los rastros conocieron que no eran indios los intrusos sino que había andado un buzo o *perihue*, con esta palabra particular señalaban al que es extranjero en su tierra y nación. Habían rastreado una o más de mis huellas dejadas por la botas impresas en la tierra, y conociendo que era la misma huella coligieron que era de un solo individuo; otra huella o rastro que también toparon fueron los golpes dejados por la piedra bola en el caparazón de la tortuga que había usado por querer desprender un poco de carne. Estas son unas piedras que ellos tienen para estos menesteres, con el que golpean el caparazón haciéndolo tiras para poder hincar mejor sus dientes, además de encontrar los hígados del pez bótete, que por saber del veneno, habíales arrancado y arrojado muy cerca del fogón. Para los indios que son unos verdaderos rastreadores es difícil que se les engañe como a nosotros.

Había sido descubierto y estaban a punto de hacerme cautivo, pero tenía que mantenerme hasta que dieran conmigo o el hambre, el sol, la sed, el calor, la multitud de sabandijas que de noche no dejaban descansar o la incomodidad de mi apretujado espacio me hicieran salir. El tiempo que podía gastar en recorrer con la imaginación todas estas posibilidades, gastaron ellos en avisar a los demás indios y aprontar lo necesario para iniciar la cacería, pero no de los coyotes, sino de mi persona.

No transcurrió más de un cuarto de hora, aunque a decir verdad, me pareció más de una eternidad en la que eché repaso de mi corta vida. ¡Ah buen Dios, cuándo acabaremos de conocer tus designios! Entonces resolví echar mano de la escopeta, que sabía estar sin municiones ni pólvora, pero con sólo verla tenía la esperanza de poder defenderme y morir como todo un español que defiende

la causa de su majestad. Pero el horror de saberme muerto e insepulto, devorado por los coyotes y por ello no alcanzar la gracia de Dios, y vagar por la eternidad me dio el último aliento para resistir, pero no estaba de mi destino aguantar más, diciéndome:

—Estáis atajado, afligido, cansado y no pudiendo abandonar mi cuevecita y estando hecho ovillo por estar oculto, obligado a estar sin movimiento y con el calor arreciando, mi boca seca y mis huesos casi tocando la piel, es mejor Juan Díaz, vasallo de su majestad, que salga y enfrente el destino. Estando en esta contienda de sentimientos tuve necesidad de salir en un descuido de mis centinelas dejando el fusil por inútil. Sin ser sentido por los indios logré llegar a un estero, que se halla a corta distancia del palmar, pero al entrar para ocultarme quiso Dios misericordioso que los albatros y pelícanos que habitualmente hacen de los manglares sus posesiones, emprendieran el vuelo al unísono, dando a los indios señal de mi nuevo refugio. Por ser los fondos de estos esteros sólo de cieno, resolví en un último intento perderme en las sombras de los manglares cubriéndome el cuerpo con cieno, como si fuera barro. El fetor que éste despedía era tal, que sólo la nariz de un valiente o perseguido podría sufrirlo. Así cubierto como estaba fui descubierto, no bastando el barro del mundo para esconderme. Los indios al ver que me escabullía arrojaron agua al aire, por no haber arena, así entendí que venían en paz y no para hacerme la guerra. Así fue como caí en manos de los guaycuras que se hacen llamar en su lengua *callejües* y pensando que acababan luego con mi vida, me sucedió al revés de lo que discurría.

## ***El cerro Atravesado***

L levándome a su rancharía por una vereda que termina en ancón de arroyo grande y seco, que se encuentra al pie de un gran cerro atravesado en medio de un llano. No sin antes regalarme con cuanto tenían de comida, asegurándome por señas que no me harían daño. La lengua de estos indios es muy distinta de los indios pericúes. Luego que comí o mejor dicho devoré cuanto comida pusieron en mis manos, dijeron con señas que engullía a toda prisa la comida como coyote hambriento, cosa que fue motivo de irrisión entre ellos. Los guaycuras aguantan mucho la sed y el hambre, pero también cuando tienen ocasión, son voraces, porque uno solo es capaz de devorar lo que cinco hombres regulares sin que haga en ellos mutación. También son tremendos corredores, pueden caminar o correr grandes distancias sin demostrar mucho cansancio, tal es así que cuando iban a pescar me llevaban sin caminar recio para evitarme el cansancio. El cigarro les gusta y cogen de los campos un género de tabaco que se da espontáneamente para saciar su vicio que es constante; este tabaco no es tan bueno como el del estanco, pero no habiendo más se conforman con el suyo. Son de buen cuerpo, ágil y corpulentos pero menor en presencia que los pericúes. Sus mujeres son buenas mozas y suelen ser complacientes, aún antes del matrimonio, sus mujeres tienen más presencia que las mujeres de los pericúes. Son amigos de la lengua, que solo descansa cuando duermen y si acaso, cuando comen. Están siempre de buen humor, mientras no los alcanza la desgracia, que creen que les llega por hechicería o por el rompimiento de un tabú, del que tienen muchos; pero pasado el lance reina entre ellos siempre la alegría, las bromas y las fiestas. No crían canas y si lo hacen, sólo en edad muy avanzada, aunque son

pocos los que llegan por ser muchos los peligros en la California, ahogados en la mar, caídos de un árbol, picados por una víbora que por acá abundan, muertos en sus luchas o en sus pendencias con otras tribus o parcialidades y aún entre ellos.

En llegando como a un tiro de fusil del paraje donde estaban rancheando, que dista del puerto como un tiro de arcabuz, nos salieron, según sus costumbres, a recibir un grupo de indios, comenzando a gritarse unos a otros, a llamar con sus pitos a los que andaban lejos y corriendo de un lado para otro, como si fuera día de fiesta y yo un gran personaje.

En llegando salió a mi encuentro el indio principal de esta ranchería, a quien todos obedecían, venía todo pintado de la cara de colorado y negro, con la nariz y las orejas perforadas. Ataviado con una toquilla ancha y bien labrada de concha nácar que tenía en la cabeza; un gran pretal que tenía puesto a manera de faja, de que pendían cantidad de pezuñas de venado y empuñando su bastón de vara y media de largo que remata como bengala de alférez. Tenía su penacho el dicho bastón de variedad de plumitas y en su remate cuatro perlititas embutidas. También traía el dicho indio principal un pito, que le servía de clarín para llamar a consejo y para tiempo de guerra, que estaba pendiente de un sartal de varios caracolillos blancos como perlas y cuentas con muchos pedacitos de concha nácar bien labradas y cantidad de caracolillos de los ya dichos y semillas de frutillas de palma que hacen bastante ruido, como si fueran cascabeles.

Convocados por el indio principal empezaron a llegar más de ocho delegaciones de las dos grandes rancherías que componen a los *callejués*; los capitanes<sup>62</sup> de caza, de

---

<sup>62</sup> Capitanes, termino dado a los indios "principales" por los jesuitas.



pesca, de guerra, y así por el estilo en tropas de seis y de ocho haciendo cada una de ellas su razonamiento. Cada capitán terminado su razonamiento se volvía a los suyos. Preguntaba el capitán principal si tolerarían a un extraño en sus tierras y si era así, entonces darían la hospitalidad acostumbrada para un amigo. Terminada la procesión de capitanes hicieron una ceremonia con cantos y danzas y poniéndome cerca de una hoguera uno de los indios capitanes me sahúmo con cópale del que hay mucho en sus tierras. Terminada la ceremonia entendí que el capitán que me había sahumado sería en lo sucesivo mi padrino, pues siempre estuvo pendiente de mí y los otros capitanes si querían algo, primero acudían a él. Al día siguiente por la mañana vi gran movimiento y gritería, eran los indios que llegaban con sus familias atraídos por la novedad del extranjero que habían hecho cautivo. Los niños se acercaban a tocarme mi incipiente barba como cosa extraña; uno de ellos llamó poderosamente mi atención porque era rubio de ojos azules, cualquiera diría que era hijo de inglés, días después vi a otros dos de poco más o menos de 20 años que pasarían como españoles, sino fuera por sus narices y orejas perforadas que los afeaban, además de su completa desnudez.

Supe después que por las constantes incursiones de españoles en sus tierras y las hostilidades de que eran objetos querían saber más sobre nosotros; de dónde veníamos, quién era nuestro capitán grande, es decir nuestro rey, qué queríamos y qué buscábamos dentro de sus tierras.

Supe por ellos, contado con gran tristeza, que años pasados, los españoles se habían llevado cautivos a muchos de sus niños y jóvenes para hacerlos esclavos. Preguntaban que a dónde los llevaban para ir por ellos a liberarlos. Un día que me vieron triste y lloroso me consolaron dándose a entender por señas y diciendo: —enembeu, enembeu—,

que quiere decir en su lengua dolor, que si tenía dolor porque me acordaba de mis parientes, y les dije que si, que tenía tristeza porque quería regresar con los míos, con mi gente, entonces preguntaron que si tenía —edaré y écue— mi padre y mi madre, les dije que sólo tenía edaré. Para consolarme dijeron que luego que llegase un barco me iría y que no desesperase porque habían oído decir a otros comarcanos de su misma nación, los hutschis que en la otra banda del mar andaban unos navíos muy grandotes con mucha gente blanca con barba y traían unos animales que por las señas que dieron eran unos caballos a los que ellos llaman en su lengua —titschénu tscha—,<sup>63</sup> que quiere decir hijo de una madre sabia. Dijeron más, que en los dichos caballos iban los hombres montados como en los tiempos en que sus antepasados los vieron en sus tierras, causando muchas muertes entre los suyos con sus armas que arrojaban truenos que mataban como rayos. Que a causa de no haber agua los habían visto volver y que habían muerto muchos, unos de sed, otros de hambre y algunos en manos de ellos. Para muestra sacaron multitud de cráneos que tenían como trofeos y que se preciaban mucho de ellos.

También guardaban memoria del infausto tiempo en que el almirante don Atondo de Antillón y el jesuita Francisco Kino y otros dos misioneros vestidos de negros estuvieron en el puerto de La Paz, en el año de 1683, por eso recelaban de las constantes incursiones de los buzos en sus tierras. Pregunté que si sabían dónde tenían los españoles pueblo y me contestaron que sabían que en el norte donde habitaban los perihués, que así le dicen a todos aquellos que caen por el norte y por el sur de ellos y que no son de la nación guaycura. Pregunté si podía ir y me

---

<sup>63</sup> Vocabulario guaycura del padre Jacobo Baegert. En Baegert, Juan Jacobo, *op. cit.*

dijeron que no porque había que pasar por las tierras y los mares de los aripes, que no soportaban gente extraña en sus tierras. Que si un capitán intentase pasar por las naciones comarcanas se armaba la guerra y las pendencias por la enemistad que se tienen unas con otras, aunque dijeron que había una que otra ranchería de los aripes con los que tenían amistad. Para explicarse hicieron en el suelo, con rayas, que es lo que usan cuando quieren explicarse, una especie de mapa dando señas de todas las naciones de los contornos y sus rumbos; al terminar pidieron que en el mismo mapa les delinease mi derrotero. Lo hice quedando muy alegres y admirados de saber que en el oriente y occidente haya más tierras pobladas de gente como los españoles. Así nos entendíamos, y así adquirí el conocimiento de todas estas naciones, aunque no fue fácil porque cuando se les hacía una pregunta que no querían responder la rechazaban bruscamente con un —aipekériri—, que quiere decir en su lengua ¡quién sabe! En cierta ocasión pregunté a uno de ellos si estaba casado y como respuesta obtuve un —aipekériri—, es decir ¡quien sabe!

## ***De cómo me quitaron la tristeza***

**E**n estas soledades de tierras extrañas, la tristeza y la melancolía hicieron presa de mi corazón, que tenía, en varias ocasiones, extraviar el juicio. Para consolarme, al segundo día de estar con ellos, me ofrecieron a sus mujeres para que usase de ellas, que es su costumbre, diciendo que si quería *kanai* que quiere decir en su lengua mujeres, para que se me quitara la tristeza y el *enmbeu* del recuerdo de mis parientes. Les respondí en castilla y con señas que no quería mujeres, porque ya estaba comprometido con la hija de un hijodalgo de Nueva España. Pero no entendieron, diciendo mi padrino, que las *kanai* quitaban la tristeza de los hombres, dejándome al cuidado de dos mujeres, una de algunos doce años y la otra una joven viuda que tenía poco que su marido había muerto flechado por los pericúes. Cada una traía, como presente, una batea, una piel de venado y una bolsa de red que me entregaron. Cuando nos quedamos solos, las mujeres que no entendían ni una sola palabra del castellano, decían: —amukiki, amukiki—, que después supe por sus señas que quería decir jugar, entonces se tocaban con la mano el pecho diciendo —be— y luego tocaban mi pecho diciendo —ei—, queriendo decir yo y tú. Entonces entendí que lo que querían era jugar conmigo: *be amukiki*, *ei amukiki*. Las mujeres de los guaycuras deben de aprender la lengua del esposo y vivir en las rancherías de ellos, por eso se esforzaban en hablar el castellano haciéndome tantas preguntas como nombres tienen las cosas pero entre sus cosas, tienen infinidad que no tienen nombre en castilla. Ellas venían de otra ranchería, también numerosa, que tenía a su capitán principal como ésta, pero el capitán de esta ranchería tenía ascendencia sobre aquella y las otras pequeñas. El sol cayó y todos en la ranchería con sus familias prepararon

hogueras para pasar la noche. El aullido de los coyotes se convirtió en mi canción de cuna familiar, algunas veces este canto fue superado por el croar de los sapos.

Tienen tanta veneración al fuego que un tizón debe mantenerse eternamente encendido. Pernoctamos al aire libre en un llano muy amplio y limpio. Las dos mujeres que dejaron cuidándome se levantaban por turnos, de cuando en cuando, para avivar la lumbrada. Quise hacer lo mismo, pero fui atajado por la mayor diciendo con gran guasanga y señas —Bará be kakunja pe atacára— ¡nada!, quita que yo te protejo de males. Ellas están persuadidas que cuidar la hoguera por la noche es su trabajo y que si no lo hacen el espíritu de un antepasado se vengará haciéndolas infelices no dándoles semillas y muchos hijos, y que a sus maridos la caza se les hará invisible no pudiendo matar animal alguno; que ellas, dicen: —Jebarrakére, aena kóa; Kepecún búe— que obedecen al que está arriba, el que da el alimento.

Al día siguiente por la mañana, al cuarto del alba, abrí mis ojos y no estaban las *kanai*, habían salido a montar en busca de sus semillas y leña. Las mujeres regresaron con sus coritas llenas de unas frutillas redondas de la hechura y tamaño de ciruelas blancas de castilla, de corteza áspera y de color amarillo que se encontraban en abundancia en toda la comarca de los callejués. Los árboles son grandes y crecen a la vera de los arroyos en cantidad, cada árbol es suficiente para llenar cinco coritas o dos corazas de tortuga grande de la que comían cinco familias y sobraba para el siguiente día. Estas frutillas que ellos llamaban *shunike*, son de buen sabor y juntaban cantidad de ellas durante medio mes en que se acababan; dentro tienen un hueso que esconde una pepita o almendra muy sabrosa del sabor de nueces de castilla. De estas comían todo lo que podían

con toda y su cáscara, que también es de buen sabor, no desperdiciando nada, ellos no conocían el desperdicio e iban haciendo almacén de los huesillos para los tiempos de escasez.

Comí de esta frutilla hasta hartarme mientras las *kanai* acucilladas golpeaban los huesillos entre dos piedras para extraer las almendras que luego me ofrecieron en una pequeña corita, las comí con gusto hasta acabarlas. Sacar la almendra no es tarea fácil, los machucones en los dedos con que se sujeta el huesillo dicho, eran frecuentes, quise ocuparme en sacar las almendras de los *shunikes* pero a las tres machucadas desistí para ocuparme en tareas que ellos tienen como propias de hombres. Los días siguientes fueron de comer *shunikes* y sus almendras, pero de tanto comer enfermé de mal de orina. Trajeron de otro género de semilla de color negro, corteza dura, y del tamaño y sabor de piñones pero en menor cantidad, señal de que no abundaban como los *shunikes*.

En ocasión del casamiento de una india vi como ésta se confeccionaba un faldellín de carrizo ayudada por su madre; para su fábrica salían por la mañana a montear a donde conocían había abundancia de carrizo o caña muy delgada, por lo común donde había aguajes permanentes; cortaban los nuditos de ella del tamaño de una uña, que son los que servían, desechaban lo hueco del carrizo. Después de tener gran multitud de estos nuditos los taladraban con una piedrecilla o hueso con punta y los ensartaban en unos cordelillos de pita que ellas mismas extraían de un género de maguey. Cuando ya tenían multitud de estas sartas de nudillos, lo amarraban fuertemente a otros cordeles con que se la ceñían en la cintura. La doncella al ponerse este faldellín caminaba muy oronda como si fuera una gran señora de Nueva España, aunque hiciera gran ruido al caminar.

Un anciano tuerto que vagaba por el campamento se acercó y sin decir palabra escupió al suelo y rascó la tierra con el pie izquierdo, otro indio que arreglaba su arco se percató y lo reprendió, éste como si fuera un perro con cencerro se fue sin más, luego supe que ésta era la costumbre que tenían para manifestar su mal humor.

Aunque los indios son pobres, porque nada tienen y porque no quieren tener nada, hay entre ellos otros más pobres, como el indio tuerto. A estos jamás se les oye una palabra cuando conversan los demás y si se acercan son reprendidos severamente. Andan vagantes en el campamento o paraje donde ranchean o permanecen arrinconados como si tuvieran la peste, sin embargo, son obedientes, comen de los desperdicios y si son maltratados huyen a los montes para vivir como fieras. Entre estos había un indio idiota de gran tamaño, que todos querían porque tienen a la idiotez o extravío del juicio como don divino y a la melancolía como hechizo. Obedecía a todo sin chistar, la más de las veces hacía trabajos propios de mujeres, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, como cargar leña, limpiar de arbustos los parajes, recolectar y tostar sus semillas y tatemar mezcales y también era acomedido con los hombres ayudando a cargar sus canoas, hacer sus chocitas, en fin, hacía de todo para granjearse su comida. Entre estos pobres indios eran comunes las fluxiones de los ojos y la ceguera. Provocado, acaso por el bochornoso calor y aderezado por miríadas de pequeños moscos sin aguijón, que hacían de los legañosos su alimento ordinario. Los niños de ordinario son atacados por miríadas de estos mosquitos que en ocasiones se les extravían los ojos cuajados por las legañas. Yo previniendo la ceguera los he limpiado volviéndoles la luz a sus ojillos, con lo que quedaban agradecidos.

La gente de esta nación en un principio me pareció tan bestial y bárbara que muchas veces me vi arrepintiéndome de mis pecados, por parecerme que su hospitalidad era hipocresía disfrazada de cordero. O acaso esto me venía del trato que había recibido de los pericúes y predispuesto me negaba a creer en la amabilidad de esta gente.





### *Los funerales de un cazador*

Es de admirar la correspondencia de los indios cuando logran alguna cosa, pues aunque sea poca hacen partícipes a todos de ella. La fortuna tarde o temprano es alcanzada por la desgracia, ¡eterna compañera del hombre! Después de algunos días de lluvia en que los cajones de los arroyos se llenaban de agua y los campos de menudas flores, salió el sol y con él cinco indios cazadores a seguir el rastro de un venado que había sido visto cerca de la rancharía. Antes de partir tuvieron su pequeña ceremonia que consiste en bailar y cantar alabanzas a su usanza que el hechicero ordena se haga para que tengan buena caza. Salieron camino a una sierra que azulea muy grande que se halla como a tres leguas de donde estábamos rancheando que corre de sudeste a noroeste que llaman en su lengua Cacachila. Dicen los callejués que allá atrás son tierras de malpaís donde habitan los indios coras. Salieron con su capitalillo que tienen por bueno en estos menesteres y al que obedecen mientras dura el lance, porque a su regreso sólo es obedecido por su mujer, si es que ésta no quiere pelea.

Regresaron por la noche con abundante carne de venado y cargando en una parihuela a un indio que había sido mordido por una víbora. Llamaron al hechicero que trató de sanarlo aplicándole torniquetes, sangrías y soplando. Toda la noche se escucharon lamentaciones de sus parientes y cantos del hechicero. Al mediodía oí grandes lloros y gritos. Salí de mi chocita y hallé la novedad de que el indio había muerto por mal curada la mordedura de víbora. Anunciándolo el hechicero lo lloraron sus parientes y empezaron a cantar, a pausas, todo el día con gritos y bailes. Un indio salió a dar aviso a la otra rancharía de los callejués que estaba distante medio día de camino, regresando con muchos indios parientes. Estos fueron recibidos con grandes gritos y llanto. El padre del indio muerto se acercaba a cada uno de ellos y tocando sus hombros soltaba el llanto. Las mujeres salieron a recoger leña, semillas y frutillas para dar de comer a los dolientes, regresaron por la tarde cargando leña y en sus cestas o conchas de tortuga traían abundante *shunike* y semillas negras como almendras que los españoles llamamos caribe y los cochimíes, después supe, *tedegua*, que quiere decir en su lengua, "la que causa dolor", porque al tocar sus hojas provoca lo que la ortiga, tremenda comezón. El hechicero subió a una peña en la cumbre del cerro atravesado, dio grandes alaridos e hizo muchos ademanes extraños y estando un rato sobre dicha peña, bajó con tanta violencia causando admiración a los parientes y a los ahí presentes. Les dijo que ya había hablado con el espíritu del indio muerto y que le había dicho que quería que le hicieran su fiesta de difuntos, que él había sido un buen cazador de venados y conocido muchos aguajes; que el había sido un buen amante y había querido mucho a sus hijos; que el había sido un buen guerrero dando muerte a muchos enemigos de los callejués, y que ahora estaba por partir a la casa de los muertos. Mientras se congregaba la gente en la ran-

chería, el hechicero, con ayuda de otros indios formó un círculo de palos y en el medio colocaron otro palo para las operaciones del hechicero. Se sentó en medio con las piernas cruzadas y guardó silencio. Al ponerse el sol subieron otros indios de los más viejos que serían siete con dicho hechicero que vestía un género de capa de cabellos que le cubría desde el cuello a los pies. Los viejos llevaban una capa de piel de cuero de venado atado al cuello que les daba cierto aire de linaje, un palo largo como bastón y todos afeaban la cara con embije de colorado y negro a más de que tenía perforadas las ternillas de las narices y las orejas donde guardaban sus palos con los que ludían lumbre. Al poco rato el hechicero, cantando las alabanzas de los muertos, comenzó a titiritar como si tuviera mucho frío, mientras los otros que lo acompañaban hacían música con una raedera, que más que música parecía el bramido constante de un toro enfurecido. Cada verso que cantaba (si a eso se le podía llamar verso) era acompañado de un coro de mujeres. De súbito el hechicero mostraba perplejidad, como si hubiera extraviado el juicio. Daba gritos agudos y estridentes, a veces se paraba y brincaba como venado, otras se tiraba en el suelo y se deslizaba por él, como si fuera una serpiente, otras zapateaba con violencia, de vez en cuando despedía unos gritos escalofriantes que parecía que expulsaba al mismo demonio del infierno, que se dejaba escuchar más allá de la ranchería, donde las mujeres a su vez cantaban a coro. A una orden del hechicero bajaron todos a la ranchería y fueron donde estaba el indio muerto para cargarlo en procesión a lo alto de la peña donde pusieron una pira y con un tizón le prendieron fuego, como hacían con los que encontraban la muerte en la caza o en la guerra.

El hechicero cortó el cabello del difunto y en pequeños mechones hizo una especie de cabellera como tributo a

sus servicios, luego cortó el cabello de los parientes o deudos y tomando algunos de ellos los echó en una pequeña hoguera hasta que se convirtió en cenizas, lo tomó y mezclándolo con grasa de venado lo untó en la cara de los dolientes. Entre más tizne ponían en su cara más cercanos eran al difunto.

Durante toda la noche estuvieron arrojando leña a la pira del muerto mientras se cantaban las cuatro alabanzas que se tienen para sus ceremonias mortuorias. Pregunté a un indio porque no los enterraban como nosotros hacíamos y contestó que ellos sólo enterraban a los que morían flechados y luego dijo haber visto en la playa cómo los cristianos tratábamos a nuestros muertos, sin ninguna consideración, que los enterrábamos sin ceremonia alguna y luego nos íbamos, cosa que para ellos resultaba extraña. Ante esto no intenté defenderme, aunque tenía mi razonamiento cristiano.

Empezaron todos a hablar y a un mismo tiempo se bajaron de la peña y haciéndole una inclinación al hechicero fueron a quemar la ramada del difunto, sus trofeos de caza que eran muchos, también su arco, su flecha, sus trastecitos y hasta un árbol de palo adán en que solía el difunto descansar a su sombra y para hacer sus flechas. Que así hacen para que no se mezclen los hechizos del difunto.

Al aclarar el día, cuando la estrella de la mañana o lucero se ocultó, dieron tan grande alarido dando por terminada la ceremonia. Pasada la muerte del indio, los parientes regresaron a sus rancherías y los callejués propiamente dicho, abandonaron el campamento, llevándome con ellos. El capitán tocó el pito por la mañana y las *kanai* que dormían conmigo, levantaron de prisa sus trastecillos y los

cargaron a la espalda en una red que sujetan con unos cordoncillos y un cuero de venado de la cabeza, como los que he visto en los indios de Colima.

Los hombres agarraron sus arcos y flechas. Caminaron en procesión siguiendo a los hombres, algunas mujeres llevaban a sus hijitos cargados en una coraza de tortuga. Antes de partir clavaron unas estacas en la tierra señalando el lugar como suyo. Caminamos hacia el sudeste, rumbo a la sierra que azulea, siguiendo un arroyo grande arenoso, bien enzacatado y con muchos árboles de *shumike*, copal, palo blanco y mezquites y arbustos de orégano, gobernadora, chollas, nopales y abundantes áloes. Algunos iban a mano derecha, otros a mano izquierda: por acá seis, por allá cuatro, por acullá ocho o sólo una pareja.<sup>64</sup> Por las constantes lluvias encontramos agua encharcada a lo largo del camino. Por la tarde, antes de caer el sol paramos en un paraje amplio, muy cerca de un cerro solitario que estaba rodeado de bosques de *shumike* con su frutilla madura. En llegando las mujeres se pusieron a limpiar el paraje de arbustos, que eran pocos, señal de que en este lugar solían ranchar. Después de limpio salieron por leña para la hoguera, mientras los indios hicieron unos como jacalillos pequeños bien abrigados con ramas y carrizos, que son sus habitacioncillas para dormir, donde cabe una familia sentada, porque ellos no saben nada de estar parados cuando no es para buscar algo; aunque quisiesen la entrada de estos jacalitos resultaba tan baja que había que meterse a gatas.<sup>65</sup>

---

<sup>64</sup> Datos tomados de Jacobo Baegert. *op. cit.*, p.127.

<sup>65</sup> *Idem*. p. 79.



### *La ceremonia del tabaco coyote*

**D**urante la noche los hombres se reunían a platicar y a fumar tabaco coyote, todos se sentaban alrededor de una hoguera con las piernas cruzadas, las mujeres se reunían por separado. Llegó el día en que fui invitado por mi padrino a fumar tabaco coyote; hablaban de sus mujeres, de sus cacerías y de la pesca. Un indio que quizás tenía trato con los españoles por el rescate de perlas me dijo en mal castellano: —almilante, almilante, tú habla—. No supe que decir y por mi cara de asombro les causé irrisión, lo que hizo que se relajara la tirantez por encontrarme entre ellos, como un igual. Como vestía ropa de español, uno de ellos pidió que me despojara de ella, lo hice, no sin rubor al verme enteramente desnudo, cosa que causo mucha irrisión y poniéndosela él, ejecutó una danza arremedando y ridiculizando a los españoles como si fuéramos afeminados. Van todos los hombres desnudos, sin el más leve asomo de rubor, y esto lo tienen por hombría y el ir cubiertos a acción de mujeres. Luego de terminada la dan-

za se quitó la ropa y la arrojó al fuego, lo quise impedir, pero fue inútil, mi padrino que estaba a mi lado me atajó, impidiéndolo. El único que había visto que cubría sus vergüenzas era el capitán principal o hechicero que usaba un género de faldellín, compuesto de pezuñas de venado. Luego señalaron al cielo y la bóveda celeste nombrando a las estrellas en su lengua. Contaron los más viejos que el sol era hombre y la luna mujer, los cuales todos los días, al ponerse el sol, caían en la mar para tornar la vuelta al día siguiente, a nado; que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltas a encender después de ser apagadas en la mar. Decían más, que los que morían flechados o las mujeres en el parto eran convidados por sus deidades a formar parte de esta procesión, para encender por las mañanas el gran fogón que es el sol. La ceremonia terminó cuando el lucero de la mañana apareció en la bóveda celeste.

## ***La ceremonia de propiciación de la pitahaya***

**A** sí transcurrían mis días entre estos indios, entre la monotonía y las constantes fiestas que celebran por cualquier motivo. Por la mañana, antes de salir el sol, las *kanai* salieron a recolectar sus frutillas y los hombres se dispusieron a fabricar una gran choza derribando para su construcción algunos árboles de palo blanco, palma y carrizos, así como otros arbolillos más pequeños que echan multitud de flores amarillas con que hacen los arcos; luego despejaron un paraje en una loma del cerro e hicieron un camino que llegaba hasta donde estábamos rancheando. Durante todo el día hubo gran movimiento. Las *kanai* llegaban al campamento cargadas de pitahayas y de otras de sus frutillas y de leña para tornar por más, parecían pequeñas hormiguillas. Mientras unos hombres calentaban en un fogón unas piedras amarillas para luego molerlas entre dos piedras. De la piedra sin quemar, sacaban un polvillo amarillo y de la piedra quemada sacaban un colorante colorado que mezclado con grasa de venado producía un embije. El color negro lo sacaban de la brea del mezquite o del carbón molido. De estos polvillos usaban para embijarse la cara y el cuerpo; por la tarde se hicieron juegos, luchas y carreras. Al concluir, el hechicero convocó a todos con su pito y dio inicio a la ceremonia intimando a todos silencio. Junto a él se sentaron cinco viejos que cubrían su espalda con una piel de venado bellamente trabajada con figuras caprichosas.

El hechicero habló acompañando sus palabras con gestos extravagantes sobre la finalidad de la conmemoración, les dijo:

—*Guamongo*, el espíritu principal, el que manda las enfermedades, el que envió a su hijo *Guajiaqui* con el fin



de que nos visitase en su nombre, me envía para hablar con ustedes hermanos callejués, deben saber que el día esperado está por llegar. *Guajiaqui* el viajero incansable, el de los pies ligeros, el que anduvo sembrando pitahayas y disponiendo los lugares de la pesca ha regresado a la gran casa, a la gran peña de *Numpoló*, y se ha vuelto a encerrar por algún tiempo. Ahí está ahora servido por una hueste de otros espíritus inferiores, los cuales le llevan diariamente buenas pitahayas y peces para que coma, mientras se ocupa en hacer las capas con los cabellos que sus devotos, nuestros hermanos callejués, aripes, huchitiés, coras, monquis y vavai le presentan, y también se ha ocupado de hacer las tablillas donde dejará sus nuevos mandatos para nuestra gran nación Guaycura.

Luego, dicho esto, sacó unas tablas pintadas con diversas figuras, en la que se representaban a los hombres más hábiles que tuvieron ellos, los mejores curanderos, los más valientes, los mejores corredores, y las mujeres más paridoras. Haciendo de ellos unos elogios muy sobresalientes, prosiguió diciendo su largo parlamento que todos escuchaban con gran admiración:

—Los de la nación *callejué* estamos cansados de hacer la guerra a nuestros hermanos, el tiempo esperado ha llegado. Lo oyeron con gusto que causaba admiración. Los otros ancianos confirmaban todos sus dichos, les habló de las costumbres antiguas, de todas sus habilidades, curaciones, muertes y facultades y les aseguraba que el gran día estaba por llegar. La celebración duró muchos días en las que hubo bailes a su usanza, luchas en la que el premio era la mujer del prójimo, casamientos y ceremonias donde las mozas se convertían en mujeres y los mozos en hombres. La celebración terminó con un gran grito, cuando salió el lucero de la mañana.

## *De mi rescate*

Seis meses y siete días pase en mi soledad, y a poco tiempo del buen hospedaje, me fueron a despertar una madrugada, avisándome que ya estaba un barco en la Isla Espíritu Santo. Salí de la ranchería acompañado de las dos mujeres con las que viví amancebado y de los muchachos, muchachas y niños que querían darme la despedida con gritos y llanto, como si se les fuera un hijo de este mundo. Diciéndome el indio principal y mi padrino que si después quisiese venir con mis parientes a su tierra, me cuidarían como lo habían hecho hasta entonces. Llevándome ellos mismos a una punta enfrente de la isla, me dejaron solo haciéndome lumbrada, volviéndose ellos a su ranchería.

A la novedad de la lumbrada, luego que la divisó el capitán don José de Larreategui, despachó sus canoas, discurriendo pudiese haberse salvado alguno de los buzos de Colima. Fueron las canoas y embarcándome a bordo de la balandra del general don Andrés de Rezábal, conté a don José todas mis desgracias y fatalidades sucedidas, que le causó mucha lástima. Y después de regalarme como nuevo huésped, dándome abundante comida de la nuestra. Dio órdenes a su esclava mulata Nicolasa para que me procurara ropa limpia, un par de botas y un sombrero. Luego dispuso que, antes de que los que me habían cogido se fuesen ir conmigo a regalarlos por ser mis bienhechores, y agradecerles la obra buena que habían hecho conmigo. Y así lo ejecutó, saliendo él con dos canoas, seis hombres remeros y yo, a donde estaban rancheando que era frente a la isla Cerralvo, los hallamos a todos y estuvieron muy de paz los pobres indios, y muy agradecidos porque los regaló con cuchillos, cuentas de vidrios, unos sayales y el

capitán le dio al indio principal su sombrero que lo recibió gustoso. El indio principal pedía como regalo la espada de don José, pero este no pudo dársela por estar prohibido, bajo pena de muerte, dar armas a los indios.